

A continuación, encontrará un breve fragmento del capítulo de esta experiencia. El capítulo completo se compartirá en esta entrada una vez el libro esté publicado por Ediciones Uniandes.



Nos gustaría contarles cómo desde nuestra experiencia nos pensamos la construcción de paz, y como desde nuestro quehacer podemos decir al unísono ¡Manos al fogón!

En nuestro fogón de leña empieza todo. Ese fogón, es el sustento de la olla, nuestra base, la estructura que nos dio vida en el 2006, cuando entre todos nos preguntamos ¿por qué nuestros abuelos duraban tanto y eran sanos? Este fue el proceso que dio origen a interrogantes e ideas que le dieron un rumbo a lo que hoy es la Tienda Escolar Saludable.

Luego, viene la leña, maderos de diferentes tamaños y texturas que al entrelazarlos crean un tejido firme. Cada uno de esos leños simboliza todas las manos que se han sumado para hacer realidad esta preparación: estudiantes, padres y madres de familia, docentes, directivos y la comunidad. Cada uno con distintas virtudes y características que en conjunto crean un tejido uniforme desde la diferencia, desde la particularidad. Con cada madero en su lugar, podemos generar la chispa que crea el fuego, pequeñas chispas que comienzan con sutileza, y que poco a poco se convierten en una gran llama. Varios actores que al conjugarse se vuelven uno, cada vez más fuerte y poderoso. Esa es nuestra conexión, nuestra fortaleza.

Pero este fuego no es perenne, debe alimentarse con nuevos leños y chamizos, con ideas y estrategias para que se pueda mantenerse encendido hasta terminar nuestra preparación.

Allí, con el fuego encendido ubicamos nuestra olla, que es el lugar donde la transformación ocurre, donde toma consistencia todo lo que hemos hecho y lo que se ha logrado porque se agrega cada ingrediente en el momento justo para tener la cocción deseada. Cocinar esta transformación toma tiempo, porque no solo nos estamos transformando los que hacemos parte de este proyecto, sino que además estamos construyendo la visión del sentido y el valor ancestral que tienen los productos de nuestra región, de nuestra tierra fértil, para que esos productos, soberanos del territorio, tengan el valor fundamental.

Para sazonar, como las especias que no pueden faltar usamos las notas musicales, la música que da sabor y color a nuestros días; melodías y acordes que dan alegría y motivación a las largas jornadas que tenemos y que se hacen menos pesadas cuando cantamos y bailamos al son de una canción.

Cuando se ha terminado la transformación, los aromas se apoderan del lugar, se difunden y nos invitan a probar; de allí salen nuestros *sueños* incansables; la *unión* de un grupo de estudiantes y profesores, que ahora es una familia; el *amor* por lo que hacemos y lo que somos; la *responsabilidad* por mantenernos a flote y no desfallecer en el camino; la *motivación* para seguir apostándole a la construcción de algo diferente; la *pasión* que nos mueve a seguir, que fortalece y que llena tanto el cuerpo como el espíritu; el *empoderamiento* individual y colectivo para comprender quiénes somos y ponerlo al servicio de la paz; el *cambio* de mentalidad, de percepción, de comprensión de la alimentación y el territorio; y la *perseverancia* para continuar así el camino se vea difícil.

Para finalizar, servimos en la mesa de los diálogos, en donde nos reunimos todos desde la diversidad, tanto cultural como de pensamiento. Ese diálogo que nos permite reflexionar sobre la construcción de un pensamiento crítico, de nuestros hábitos y costumbres, de una reflexión permanente de lo que decimos y hacemos, de nuestro trabajo en equipo, de nuevos aprendizajes adquiridos, de nuestra identidad y del valor que tiene el campo.

Todo este trabajo es un reto grandísimo porque la paz no la podemos concebir solo como la ausencia de balas, eso no es lo que genera paz; lo que sí la genera son estas estrategias, y más específicamente el trabajo con los niños y jóvenes en comunidades. Porque, por balaceras que se dieron durante los conflictos armados, a ellos no los miraron, los hicieron invisibles; no tuvieron espacios de esparcimiento para jugar, soñar, pintar o bailar.

Algo tan pequeño y gigante como el alimento y la semilla nos permite ampliarnos y entender que de estas acciones podemos construir paz, dar opción a los estudiantes para que se empoderen, para que entiendan que no son objetos que se pueden poner en un punto determinado, pero sobre todo para que entiendan que son **sujetos** que pueden construir, tener y tejer sueños.